

20
SM/CO/3
Ateneo Científico, Literario y Artístico

SM
C^a 0
3

Discurso inaugural

de la Corporación

leído por

su Vicepresidente primero

D. ENRIQUE ALABERN

— en —

23 de octubre de 1905



Est. tip. de M. Sintes Rotger, a cargo de F. Fábregues Pons
Plaza del Príncipe, 11. — Teléfono 20.

MAHÓN



1054879

SM C*0 3

06 (46.75 Mahón) Ateneo P. L. (05)

Discurso inaugural

leído en la solemne velada de apertura

— del —

Ateneo Científico, Literario y Artístico

— por —

D. ENRIQUE ALABERN

Vicepresidente primero de la Corporación

—

23 de octubre de 1905



EST. TIP. DE M. SINTES ROTGER, A CARGO DE F. FÁBREGUES PONS
Plaza del Príncipe, 11. — Teléfono 20

MAHÓN

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

Carácter de la Institución de los Ateneos en España

ESQUEMA

Exordio.

Exposición del tema; su por qué. Denominación del Ateneo.

El principio de tolerancia

Necesidad de los Ateneos científicos. Sus funciones.

- a) Son albergue de la Crítica.
- b) Son institución superior de enseñanza.
- c) Son círculo de amistad y esparcimiento.

* * *

Cómo ejercen todo esto.

La Crítica por los debates (sesiones).

La enseñanza superior por cátedras y conferencias.

Cómo círculo de expansión y relaciones: veladas, lecturas, conversación.

* * *

¿Qué es, pues, un Ateneo científico? Su definición.

La resultante ética

Finalidad de los Ateneos científicos.

- a) Investigación de la Verdad.
- b) Culto a la Belleza.

Quinta esencia resultante de su consorcio: la Ética, la Bondad.

Síntesis.

Carácter de la Instrucción de España

ESQUEMA

Exordio
Exposición del tema: su origen. Documentación del tema.

El principio de la instrucción

Necesidad de los Ateneos científicos. Sus funciones.

- a) Son albergo de la Ciencia.
- b) Son institución superior de enseñanza.
- c) Son centro de estudio y experimentación.

Cómo están todo esto.

La Ley que los define (artículo 1.º)
La enseñanza superior por ciencias y letras.
Como centro de experimentación y enseñanza técnica.
Sus características.

de 1901

La Ley que los define (artículo 1.º)
Ellos es, pues, un Ateneo científico. Su Leyenda.

La enseñanza técnica

ocurrida en los Ateneos científicos.
Labor y de investigación de la técnica.
El Centro de la técnica.
Quinta parte: tratamiento de la enseñanza técnica.
Fondo.
Bibliografía.

SEÑORAS Y SEÑORES ATENEÍSTAS:

SÓLO a la inmensurable benevolencia de nuestro digno Presidente debo, y no a otra cosa, el ocupar ahora el honrosísimo puesto que a nadie más que a él correspondía de derecho en tan solemne ocasión. Así considero la de inaugurar las tareas de este Centro de cultura, en el que mi voz tiene que resultar débil ante la representación de la que pudierais considerar, si así os place, aristocracia intelectual de la Isla. Censurad, pues, a los hados que os privan de mejor verbo y aceptad mi sacrificio.

En él también los que me escucháis tendréis vuestra participación, porque os advierto que, dando en mi trabajo preferente lugar a lo subjetivo para huir del aspecto marcadamente histórico del asunto, ya estudiado por eminentes ateneístas, como Cánovas, Labra y otros, trato de buscar un giro que sea como la manifestación individual de las ideas y doctrinas que informan mi tema, adaptándolo, como es consiguiente, en su desarrollo, a las condiciones del medio en que nuestro Ateneo nace y se ha de dar a cono-

cer. Sólo siento que el tiempo escaso de que suelo disponer no me haya permitido dar a mi discurso más amplios desarrollos, los cuales comportarían alguna amenidad en asunto que, tratado por sí solo y escuetamente, cual yo he de hacerlo esta noche, es tan árido y tan poco ameno. La amenidad, sobre todo, es sensible falte en una sesión inaugural que se ve favorecida por el bello sexo.

Más acostumbrado a dirigirme directamente a un auditorio que a leerle trabajos previamente escritos, espero de vuestra benevolencia que os mostraréis indulgentes si alguna falta observáis en mi manera de exponer cuanto hoy he de deciros.

Enunciado nuestro tema, *Carácter de la Institución de los Ateneos en España*, parece así, a primera vista, que se trata de toda clase de Ateneos, porque son de variada índole los que se conocen tanto en nuestra patria como en el extranjero.

No obstante, no es así; pues que, como comprenderéis, los Ateneos de que me ocupo en este momento son aquellos que responden a la índole del nuestro: los Ateneos científicos y literarios de creación y abo- lengo genuinamente españoles, a la que no responden, ciertamente, *The Atheneum*, de Londres, por ejemplo, ni otros extranjeros, con no dejar de ser muchos de ellos centros del saber y de la cultura de sus respectivos países.

También son españoles los Ateneos obreros que tan maravillosos resultados están dando en Cataluña en cuanto a cultura de las clases populares, y más ahora que se han hecho uno de los principales, por no

decir el principal escenario de la Extensión Universitaria, en buen hora creada en España, y en otra mejor todavía establecida en este distrito académico por el genio altamente civilizador y progresivo, mejor diría, en este caso, educativo, de un insigne varón, gloria de la Ciencia patria, y que, pues veo que su nombre cosquillea por salir de vuestros labios, no osaré pronunciarlo, para dejaros ese gusto a vosotros que deseáis adelantaros a la expresión de mi pensamiento... Tratando de la Extensión Universitaria como de otras cosas, hay nombres específicos que brotan espontáneos por mágico conjuro como, bajo los artísticos pliegues del ropaje, adivina extasiado el visitante las dulces líneas de la estatua.

Ni aunque lo quisiera podrían ser en este momento objeto de mi disertación los mentados Ateneos obreros. Su índole es muy parecida, sí, a la del nuestro, puesto que también se dirigen a la cultura; pero lo hacen en una forma más elemental y, cual conviene, más adecuada a la condición de las individualidades que los integran. Su estudio es más vasto y más extenso de lo que a primera vista parece, por lo que influyen en la instrucción del pueblo trabajador. Así, pues, orientados en el mismo sentido, pero en otro medio, forman como tema aparte que merece ser estudiado con todo el detenimiento necesario y no de paso como tendríamos que hacerlo ahora.

Los Ateneos científicos y literarios de creación de principios del siglo pasado, como lo fué el de Madrid de 1820, renacido tras largo ocaso en 1835, son los de nuestro tema, tema el más apropiado dondequiera que se inaugure la institución del Ateneo, muy en carácter donde no se la conozca, y más adecuado aún en

todos aquellos países en que las luchas de los partidos escinden a los hombres hasta el extremo de hacerlos intratables, que no sin razón dice Solís de la política (a) «que no todas veces se desdeña de andar entre »bárbaros», y que «antes suele hacerlos cuando la »razón que llaman de Estado se apodera de la razón »natural.»

Por lo demás, y en cuanto a su denominación, hay una verdadera redundancia en lo de Ateneo Científico, Literario y Artístico con que suele designárselos, bastando, a mi ver, con que se los llamase Ateneos Científicos y Artísticos, pues entiendo que lo de literario encaja dentro del último carácter expuesto, y como que el que practica la Ciencia y el Arte, o sea la Verdad y la Belleza, según repetidamente hemos de ver hasta por conexiones de mera forma, es necesariamente bueno, los Ateneos Científicos y Artísticos son, en realidad, hasta éticos, pese a quien mal diga u opine de ellos con juicio temerario de que ninguna institución humana se libra por buena y benéfica que sea. También abomina del potente foco luminoso que inopinadamente brilla, el que en las tinieblas de la noche halla su provecho.

¿Son realmente necesarios los Ateneos Científicos y Literarios?

En tiempos como los nuestros, en que la Ciencia ha llegado a una división suma; en que la especialidad, dominando sobre toda disciplina de universalidad,

(a) Solís. *Historia de la conquista de México*. — Barcelona, Piferrer, 1771.

dad, lo señorea todo y todo lo avasalla, no hay duda de que centros enciclopédicos como los que representan los Ateneos, son altamente provechosos para la inducción científica y para la generalización.

Dominada la Ciencia por el método experimental, apenas si puede en los centros especialistas que le sirven de albergue analizar el hecho, observar el experimento, medir sus condiciones, compulsarlas con las que le sirven de patrón, sin poderse elevar por falta material de tiempo, de espacio y de reposo a la cristalización filosófica que representa la inducción, cuanto menos a la apreciación social del hecho observado, si tal trascendencia alcanzara.

Y por cierto que los Ateneos la tienen, en parte, esa trascendencia, porque hacen obra de conciliación social. Aquí se realiza la unidad en la variedad: la unidad en el deseo de saber y en el trabajo de investigación; la variedad en las tendencias, opiniones y medios de conseguir aquella conciliación por ateneístas de todas las clases sociales. Como los organizadores de las Universidades populares de Francia, podemos decir los del Ateneo: «No propagamos ninguna doctrina política, religiosa, o filosófica particular. Está prohibido todo proselitismo. No queremos, dividiendo los espíritus, hacer partidarios, sino, uniéndolos en la investigación de la Verdad y del Bien y en el goce de la Belleza, hacer hombres. El espíritu que nos anima es un espíritu libre». (a)

Bien se ve que semejante a esta, la del Ateneo es una institución de la mayor importancia, y, en el

(a) *Revue internationale de l'enseignement*. Vol. XXXVIII. 1899.— Cita del Dr. M. Torres Campos presidente de la «Asociación de amigos de la Universidad de Granada», en el discurso leído con motivo de la sesión inaugural de la Extensión Universitaria.

sentido expuesto, de la más saludable acción social. Así, aquellos que no tengan otro sino el interés puro de las ideas, aquí convivirán por muy distintas que ellas sean; porque en su contacto con los contrarios está el principal fin de unos y otros que tienden a absorberse mutuamente, y ya es sabido que, como se dice en Química, la reacción por qué se genera un cuerpo nuevo no se realiza si no hay contacto. *Corpora non agunt nisi soluta*. Se necesita el contacto para desarrollar la fuerza de afinidad así en la vida social como en el fondo de las retortas.

El papel que el Ateneo representa en el orden intelectual es, asimismo, trascendental y altamente conveniente para la expansión de las ideas. Como que su medio de expresión está en la libre Crítica, sostenida por el principio de tolerancia. El libre examen es un derecho inherente a la personalidad humana que no se ejerce bien ni menos se exterioriza sin el principio, practicado por los otros, de la tolerancia, virtud de los tiempos modernos que las generaciones pasadas casi no conocieron. Sin ella el Ateneo no viviría, porque el libre examen, o sea la Crítica, lo informa todo en la Institución; la tolerancia, en fin, es el *punctum saliens* en el Ateneo, según hemos de ver en el decurso de estas páginas.

Nuestros Ateneos, que no suelen tener laboratorios ni observatorios (a), son, en cambio, albergue

(a) Excepción notable y digna de consignarse es este Ateneo, que empieza con un museo de Ciencias Naturales y otro de Antigüedades y Arte retrospectivo, ambos de carácter general; pero más especialmente consagrado a las cosas locales, éste, y a la fauna, flora y gea, de la Isla, el primero.

de la Crítica, función lógica del entendimiento, de la más alta importancia, función de la que, por las razones expuestas, se hallan como dispensados, en la forma a que aquí nos referimos, los centros especialistas. Reúnen, además, en su seno, los Ateneos, el elemento artístico, que, aportando la Belleza para alternar con las conclusiones de la Crítica, no siempre tan amenas como fuera de desear, levanta el espíritu a los abatidos y les infunde como un nuevo vigor, una nueva fe en la Ciencia que les preste aliento para seguir con más bríos, si cabe, en sus investigaciones y trabajos.

¡La Crítica! ¡Qué bellissimo proceso hace de ella nuestro gran Echeagaray!... Nuestro Echeagaray, sí; así, llano, sin excelencias ni embelecocos, como si dijéramos nuestro padre, que padres son de nuestras ideas, con las que en tan íntimo consorcio estamos, y, por lo tanto, nuestros, aquellos altos directores y maestros del pensamiento que con sus luces nos permiten encauzarlo.

Pues bien, la Crítica científica, aunque sólo aplicada a la Mecánica racional, ha inspirado a nuestro grande hombre un trabajo que yo esperaba con ansia por las noticias que de él tenía, hasta que, por fin, he logrado verlo, lo cual hace muy pocos días, como comprenderéis si os digo que ha sido el discurso pronunciado en la apertura del año académico de la Universidad Central el día primero del corriente. En ese día brilló en la mejor de sus fases, como maestro, el actual Ministro y Catedrático, actuando con la solemnidad que reviste siempre una sesión presidida por el Monarca.

Y en ella, hablando de la Crítica, nos dice que «continúa su labor despiadada y su análisis justiciero contra todos los principios de la vieja Mecánica».

Que «cuando acabe esta crisis es seguro que brillará
»la verdad con mayor esplendor; pero, entre tanto, la
»confusión es dolorosa para los antiguos creyentes (en
»la Ciencia): como para el creyente que pierde su
»Dios y sus altares, su fe y sus esperanzas». Y en otra
parte: «¡A qué no llegará el espíritu destructor de la
»Crítica moderna! ¡Qué mucho que a la sociedad y a
»la familia, y a la propiedad, y al derecho se atreva,
»cuando no respeta la Mecánica, que durante tantos
»años en el espíritu de las gentes se había confundido
»casi con la realidad!»

Esta Crítica despiadada en la ciencia Mecánica racional, hacedla extensiva, trasladadla a las ciencias todas en su gradación positivista, y tendreis la Crítica que estos Ateneos ejercen así en el orden matemático, como en el físico-químico, como en el biológico, como en el social, político y económico.

La Crítica actual no perdona nada, y estos Ateneos negarían su primitiva condición de existencia si esa Crítica libre y amplia, aunque siempre cortés y comedida en sus formas, no se ejerciera en su seno; pero siempre, claro está, dentro del círculo de las ideas, como se requiere hasta por reglamento, y sin descender a la lucha candente de las opiniones callejeras, de las banderías y los personalismos más o menos políticos. Así es posible que en diferentes épocas hombres eminentes de las más opuestas tendencias en la Ciencia hayan dejado oír su voz desde la cátedra del Ateneo, sin que jamás pasara por las mientes de los contrarios en ideas, tendencias y opiniones otra cosa que oponer el discurso al discurso en el debate; la conferencia a la conferencia cuando de ésta se tratare; la lección o el curso a otros análogos siempre que a al-

gún ateneísta le ocurriera inspirar sus lecciones en doctrinas opuestas a las del primero.

Cito sólo de un modo general los hechos que apoyan mi tesis, porque no estudio, como he dicho, este tema desde el punto de vista histórico; mas si alguien quiere comprobar por menudo cuanto aseveró, tómese la molestia de leer los amenos trabajos de autores de las más diversas opiniones, como son los citados Labra (a) y Cánovas (b), y dato por dato, allá encontrará el curioso que tal hiciere cuántos temas se han discutido y cuántas conferencias se han dado de resonancia en el Ateneo de Madrid, arquetipo de los de España.

Para no citar más que dos hechos de mi tiempo y de Ateneos que yo conozco, y para que veáis a qué extremo de desapasionamiento magnánimo y longanimidad se lleva esta libre manifestación de las ideas; os diré que no ya los ateneístas, sino hasta personas ajenas a la corporación han sido invitadas a terciar en debates, como el de 1885 en el de Valencia, sobre el problema social, y ha pocos años — el 1901 — en el de Madrid, sobre la conveniencia de cambiar la forma de gobierno en España (c), llegando hasta el extremo de hacer que en el primero de dichos Ateneos, bajo la presidencia de un conspicuo conservador de no común ilustración y por iniciativa, si mal no recuerdo, del ya entonces distinguido ateneísta Luis

(a) Rafael María de Labra. *El Ateneo de Madrid: sus orígenes, desenvolvimiento, representación y porvenir*. Madrid, 1878.

(b) Discurso leído, como presidente del Ateneo de Madrid, en 31 de enero de 1884 con motivo de la inauguración del nuevo local. (No tiene título y versa sobre el aspecto histórico de la corporación.)

(c) Joaquín Costa. *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España; urgencia y modo de cambiarla*. Marzo, 1901.

Morote, se invitase a socialistas y anarquistas militantes para que dieran a conocer genuinamente en los debates la doctrina profesada por ellos, amén de haber oído a los oradores de aquellas otras escuelas que tenían su representación dentro de la casa.

Un periodista insigne, hombre de nada exaltadas tendencias políticas, se congratula de semejantes hechos (a) cuando dice: «Los ateneístas ilustres y viejos »llenábanse la boca llamando su casa la *Holanda del »pensamiento español*. Es, en efecto, como el sagrado »asilo de todas las ideas y de todas las conciencias. »La teoría legalista, la distinción doctrinaria de los »primeros tiempos de la Restauración, se detuvieron »a las puertas del Ateneo. En plena demagogia Cán- »novas, el marqués de Molins, y otros alfonsinos al »lado de ellos, pudieron disponer libremente de una »visible y resonante tribuna».

Ya lo veis. El Ateneo consagra la plena libertad de opiniones, puesto que practica el más profundo respeto a todas ellas.

¿Y a qué es debido que el Ateneo consagre esa libertad de opiniones? Sobre haber sido ese su privilegio de hecho en épocas poco propicias a la expansión del pensamiento, lo debe ahora y siempre a que ejerce la Crítica, que es su condición de vida, y la Crítica en alto grado, en sazón tal en que la Ciencia es aún movediza, no se ha asentado todavía bien sobre sus bases y estas mismas o sus cimientos flaquean.

Hemos de acostumbrarnos a la idea de que la Ciencia, hoy por hoy al menos, no es absoluta, y como

(a) Julio Burell, «Nuevo Mundo». Número del 20 de julio último.

no lo es, sus dictados y sus mismas conclusiones son criticables; están sujetos a ese análisis del juicio y de la razón pura, como diría Kant, que llamamos Crítica. Así que, fuera de los centros docentes, oficiales o no, nadie con mejor disposición para ejercer tan elevadas funciones del entendimiento como esas gentes de ilustración y saber que reúnen los Ateneos, los intelectuales, en una palabra, que en ellos se congregan. Dicho sea esto sin hipérbole y sin que yo quiera ahora suponer que no haya fuera de aquí capacidad ni derecho para ejercer la alta Crítica; pero sí sostengo que la suma de capacidades y derechos que en un Ateneo se acumulan, precisamente para ello, siempre será mayor que toda otra capacidad y derecho individual que pudiera figurar aquí como sumando.

Los Ateneos científicos y literarios son, además, institución superior de enseñanza. ¿Quién ignorará las funciones docentes del Ateneo? Su enseñanza tiene el doble carácter de superior y mutua; superior por la altura de las lecciones y mutua cuando, como suele acontecer, son los mismos ateneístas los encargados de las cátedras.

Algunas veces la enseñanza es pública; pero de este cargo ya vienen relevados en parte los Ateneos por el establecimiento de la Extensión Universitaria, que más especialmente se consagra a la ilustración de las clases populares y llena un vacío que, en efecto, se dejaba sentir bastante.

¿Habrá que decir que desde sus principios fué el Ateneo un foco de ilustración y cultura por su práctica de la enseñanza? Hasta autores extranjeros consagran

desde antes de mediar la pasada centuria la función educativa del Ateneo de Madrid, que es como si dijéran de los de España. Dice Cánovas (a), que lleno de admiración dió Edgardo Quinet, en un curioso libro (b), cuenta del Ateneo de Madrid: «Establecimiento libre, en que los más importantes personajes se dedican a educar la opinión, con el fin de que en España reine la razón, único yugo» —añadía Quinet, haciendo, por cierto, un epigrama de discutible gusto, — «que se niegue a soportar».

En las cátedras del Ateneo, como centro docente, han brillado los hombres más ilustres de España, desde don Salustiano Olózaga y el duque de Rivas hasta muchos de los actuales ministros y los hombres políticos más opuestos a ellos, que no expreso para no fatigar vuestra atención con nombres que todos sabéis, afirmando una vez más unos y otros, de una manera práctica y tangible, ese espíritu de tolerancia que es como el florón más ilustre del escudo del Ateneo.

Todos allí han ejercido la enseñanza y todos también la han recibido por ese carácter de mutua de que antes hablaba.

En otro aspecto considerados, son también los Ateneos círculos de expansión y de relaciones sociales, círculo que se forma y nutre por convergencia de sus elementos, los ateneístas, atraídos al modo cómo las fuerzas físicas agrupan los átomos en la molécula. Los seres colectivos, las sociedades se parecen más en su crecimiento a los seres inorgánicos que a

(a) *Loco citato.*

(b) E. Quinet. *Mes vacances en Espagne.* — Paris, 1846.

los organizados: crecen por *yuxtaposición* como aquellos y no por *intususcepción* como éstos.

Una vez formado, resulta el Ateneo una colectividad esencialmente crítica, conforme se ha visto, y no puede desprenderse de esta condición en ningún caso ni accidente de su vida. Mas no se crea por ello que, como círculo de esparcimiento y comercio social, las agrupaciones que se provocan por el roce y contacto continuo de los socios, en los salones de conversación y tertulia, vengán siempre determinadas por la Crítica; esto es, por las solas afinidades de los puntos de vista críticos y tendencias de escuela, no; que a las veces lo que determina esas agrupaciones, o si se quiere *peñas*, como hase dado ahora en llamarlas, es la simple simpatía personal, que, tendiendo en ocasiones sus misteriosos hilos, llega a unir en íntimo consorcio a los más divergentes personajes, como si quisiera neutralizar así sus acciones respectivas, al modo del ácido y la base, como el flúido positivo y el negativo, como todas las armonías de la Naturaleza, que sólo la ignorante maldad destruye la concordia entre los hombres, traduciendo en desarmonía la noble lucha de ideas.

Pálido fuera cuanto yo pudiera decirlos del amor y entusiasmo de los ateneístas por su institución predilecta, porque los brillantes colores con que los tratadistas especiales lo pintan obscurecerían por completo mi pobre descripción. ¿Y sabéis por qué todo este entusiasmo? Porque nuestros Ateneos tienen su ideal; su quijotismo si queréis... Aun me atrevería a decir que otro de los caracteres de la institución que nos ocupa y ahora en su casa nos alberga, es un quijotismo especial, que por serlo tanto yo denominaría *cajalino*, ya que mi gran maestro Cajal, ese coloso de la intelectua-

lidad de nuestras generaciones, a cuya atracción de astro de primera magnitud no sabría substraerme tratándose de cualquiera de los múltiples asuntos que su agudo espíritu penetra con envidiable clarividencia, ha definido el quijotismo como nadie bajo un aspecto originalísimo y con una grandeza anímica de concepción incomparable, diciendo de la tal palabreja (a) que o «carece de toda significación precisa o simboliza el culto »ferviente a un alto ideal de conducta, la voluntad »obstinadamente orientada hacia la luz y la felicidad »de la humana colmena».....

Pues no lo dudéis que en tal sentido obstinadamente se orienta la voluntad del Ateneo con sus cátedras, sus conferencias y todos sus elementos de progreso que se resumen en la Crítica y en el sublime principio de tolerancia, único capaz de hacer alternar como amigos en los salones a los mismos que aquélla distancia en los debates. Y así el arraigo que adquieren aquí las amistades trabadas entre los afines, y el político y cortés trato que aproxima, cuando no los hace intimar, a los hombres de las más opuestas tendencias, recuérdales constantemente que todos somos hermanos, que unos y otros nos hacemos igualmente acreedores, con nuestro trabajo, a los bienes de la madre Naturaleza, y que todos también actuamos como agentes en la felicidad de la *humana colmena* e idealizamos por igual la existencia cuando contribuimos a levantar con nuestro honrado esfuerzo la antorcha luminosa del progreso y de la fraternidad entre los hombres.

* * *

Hemos visto que los Ateneos son albergue de la

(a) Cajal. *Psicología del Quijote y quijotismo*.

Crítica; institución superior de enseñanza; círculo de amistad y comercio social. Veamos ahora cómo ejercen todo esto; y siguiendo el orden lógico, empecemos por el principio, según la expresión ultrapirenaica.

La Crítica se ejerce sencillamente en los debates, las sesiones, en que se discute un tema y da lugar a la manifestación de todas las tendencias que tienen su representante en el Ateneo.

Esas tendencias concretanse, a mi modo de ver, y no lo digo para hacer un juego de palabras, en un sentimiento, un presentimiento y un *a-sentimiento*, o carencia completa de sensibilidad, de que disfrutaban los acomodaticios; pero que, de prevalecer, originaría la estática, precursora de la muerte: el tanatismo.

Yo ya sé que no a todos los entendimientos les es dado asomarse al Universo y contemplar la danza de los mundos; pero sé también que algunos, por ejemplo, dan por bueno eso del rodar de las esferas o cualquiera otra verdad análoga, porque así se lo han enseñado en la escuela, y que si por azar alguna ráfaga de reflexión incide en ocasiones sobre tal tema, pronto lo desenfoca el pensamiento por volición semi-inconsciente del interesado que, estando más por el quietismo y reposo intelectuales, se conforma con repetir a sí mismo aquella ya clásica opinión de los que creen que vale más tumbarse a la bartola que quebrarse la cabeza y chocar con los prejuicios.

Pero, aparte estos señores del espíritu que llamaré tranquilo, por definirlo de algún modo, almas enclenques que naturalmente tienden a la horizontalidad,

queda siempre permanente el sentimiento que nos liga al pasado como herencia biológica, pero atávica. y ese presentimiento incierto y vago, pero efectivo y por lo regular adivinador, que con los cables de la esperanza nos une al indeterminado y siempre progresivo porvenir. Estas dos orientaciones contienden constantemente en el Ateneo y son las que se traducen en la vida ordinaria con los diversos nombres por los que en las distintas épocas, y según las diferentes condiciones de terreno y de medio, se designan y se han designado las opiniones, escuelas y partidos que todos conocéis: blancos o negros, como quiera llamarlos.

Y siendo irreductibles aquellas dos tendencias, ellas son las que aseguran el ejercicio de la Crítica en los Ateneos, precisamente por esa irreductibilidad que, manteniéndolas en constante pugna, — aunque a una *honesta distancia* y no reñidas y hoscas como en la calle, — hace que cada una de esas tendencias se apreste a criticar, bajo la pauta de sus dogmas, las producciones de la contraria. De ahí el choque necesario, pero cortés, como siempre he dicho que lo es en el Ateneo, y la discusión consiguientemente mantenida.

Viene como por la mano la cuestión política, con la que ya hemos rozado, aunque sólo tangencialmente, en precedentes párrafos. Llegamos a un asunto asaz escabroso, que no por serlo hemos de eludir haciendo sorteos de habilidad. En las cuestiones arduas, lo noble es abordarlas de frente y no esquivarlas cobardemente haciendo equilibrios intelectuales. Los problemas que no se tocan o se dejan, no se resuelven o se resuelven tarde y siempre mal.

Muchos preguntan: ¿es el Ateneo político? Y a eso

hemos de contestar que si por política se entiende la militante, la de los partidos y las banderías, el Ateneo no es político por más que algunas veces haya podido caer. Cánovas, en el citado discurso inaugural del Ateneo, dice: «Pero a todo esto venían ya a más »andar aquellos años de ardiente efervescencia política que entre 1851 y 1854 transcurrieron, dejando »sentir su influjo en nuestra corporación mucho más »que sus estatutos y su naturaleza pacífica consienten», añadiendo que lo dice con la autoridad que le da el haber sido señalado por un historiador del Ateneo como uno de los ateneístas que mejor simbolizaron aquella agitada época. Aquí confiesa Cánovas que los estatutos y la naturaleza de la corporación son pacíficos en contraste con una transgresión individual suya. Pero, fuera de esto, el Ateneo sólo es político a la manera que lo entendían sus fundadores los honorables ateneístas del año 20. Consignaron en sus reglamentos que eran «hombres ansiosos de saber, y amantes de su »libertad política y civil», y señala Labra (a) que «se »atribuían el derecho de solicitar *con representaciones »legales la atención de las Cortes y del Rey».*

Al inaugurarse de nuevo el Ateneo de Madrid en 1836, decía en su discurso el duque de Rivas que la corporación dedicaría «sus constantes tareas a di- »fundir las luces por todas las clases de la sociedad y »a vulgarizar conocimientos útiles para que así se »afiancen sobre las verdaderas bases los *principios políticos que hacen la felicidad de los pueblos y la preponderancia de las naciones».*

¿Qué más añadir a los elevados conceptos del ilus-

(a) *Op. cit.*, cap. V.

tre duque de Rivas? Ahí está toda la política del Ateneo.

Aquí, señores, sentamos los postulados de la razón; fuera, los políticos realizan los convencionalismos de la práctica. Por algo se ha dicho, y permitidme recordarlo de pasada, que gobernar es transigir.

Nosotros no gobernamos ni aspiramos a gobernar, y gracias a ello mantienen en el Ateneo los representantes de cada escuela la limpidez de sus principios, sin las mezclas ni impurezas de esos convencionalismos de la política al día ni menos de la de caciquiles banderías de campanario; pues aquí no pedimos a la Ciencia más que el goce desinteresado y puro de servirla, y ya se llame Derecho político, Economía social, Patología ocular o Mecánica celeste, con igual solicitud habrá ateneístas para cultivarla. Así se explica que en todo Ateneo bien montado haya una sección de Ciencias morales y políticas al par que la hay de Ciencias exactas, físicas y biológicas, tal como yo quisiera verlas ya implantadas, esas secciones, en el nuestro, para que, parafraseando un elocuente párrafo de un célebre documento histórico (a), pudiera decirse muy alto que sus fundadores desean que el Ateneo sea reflejo de las opiniones todas; que lejos de temer su contraposición, la desean porque saben que sólo del choque de las ideas brota la luz y sólo por la discusión pueden depurarse los principios en que ha de descansar la organización de la *res publica*; que los problemas que aquí se han de examinar, unos científicos otros sociales o económicos, son de gran transcenden-

(a) Circular electoral del señor Ministro de la Gobernación de fecha 5 de mayo de 1873.

cia y resolución difícil, y que sólo puestas en frente unas de otras contrapuestas teorías y encontrados pareceres, sabrán estimarse bajo todos sus aspectos y darles la solución más acertada en bien del progreso.

811 Pero el párrafo parafraseado, casi literalmente transcripto, se refería a elecciones; y aquí, me diréis, ¿vamos por ventura a votar o a terciar en alguna de esas luchas? Y yo os contestaré que no; que si lo he citado es sólo como modelo para el Ateneo de amplitud de miras, dando un raro ejemplo desde las alturas del poder; que nuestro papel como ateneístas se desarrolla en la cátedra y no en los comicios, escenario adecuado del político activo, porque el número, la masa, esa gran palanca de las modernas democracias que llamamos el sufragio, falla aquí falto de objeto sobre que ejercer su acción en el desarrollo y término de nuestros debates científicos; pues si de la fuerza del número, — aunque falible como todas las cosas humanas, — cabe esperar la progresiva organización de las garantías necesarias a los intereses de todos y cada uno, ese es un fin de la política en acción y no lo es del Ateneo, donde se olean y ventilan a la luz solar todas las ideas, pero sin que elevemos sobre el pavés ningún hombre que las encarne, medio por el cual el sufragio realiza aquellos sus grandes fines.

60 En orden a la Política, como en orden a otras muchas cosas, la Medicina, *verbi gratia*, existen una ciencia y un arte a la vez. Del dominio aquella ciencia de los que observan, de los que estudian la Política, lo es éste del de los que la practican. No alcanzando su radio de acción a esa práctica que le es externa y, por lo tanto, extraña, el Ateneo abarca perfectamente

dentro de su esfera aquella observación y aquel estudio, que no son otros sino los del desarrollo sucesivo de la ciencia del Derecho político, como comprendido y seriado que se halla en el sujeto de la Sociología, ciencia-cúpula que asienta sobre el edificio de todas las demás, aquí tan bien halladas; si bien ocurre muchas veces que la observación y el estudio que pueden hacerse y aquí se hacen de la Política (ciencia) llegan a ser los puntos de apoyo de la palanca que manejada fuera por los hombres del arte político de que hemos hablado, permite ir suplantando la razón de la fuerza por la fuerza de la razón, imperativo categórico de estos tiempos que alcanzamos.

Y el Ateneo sin salirse de su esfera. Él gira en la órbita de las ideas que, en lo real, representan lo eterno, en tanto que la política gira en la de los hechos, que son lo real transitorio. Por eso labora, repetimos, en el orden de aquéllas solamente y no en el de éstos. En una palabra: contraído a la política observa y estudia, mas no practica.

Nosotros sabemos, por ejemplo, que ante las reivindicaciones populares hay que escoger entre dos extremos: la resistencia ciega que arriesga la ruina total de lo existente o la colaboración avisada que ordena y facilita las transiciones necesarias, y sin resistir ni coadyuvar a reivindicación alguna, por ser funciones de acción meramente política, aquí proscripta, cooperamos serenos y animosos en el plácido ambiente de las ideas al estudio de las cuestiones sociales y de las transiciones que comportan.

Esa es la Crítica aquella de que hablábamos: la Crítica en acción aplicada a la Sociología unas veces, como puede serlo y lo es otras a la Biología o a la Ma-

temática, sin que en el terreno de una y otras ciencias hayamos de aspirar, como corporación, al planteamiento de alguna doctrina, de alguna escuela o simplemente idea o aplicación positiva, y sí sólo a la extensión de su conocimiento, una vez depuradas por esa Crítica que es función del Ateneo, como lo es y porque lo es del entendimiento humano.

Veamos cómo se ejerce la enseñanza.

Se hace por cátedras, por cursos y por conferencias, tal como aquí lo haremos.

Es una enseñanza complementaria, no precisamente al modo como la ejercen las llamadas *Post graduate Schools* anglosajonas, pero sí una especie de Extensión Universitaria hacia arriba y para los que ya de la Universidad salieron, Extensión que hace pareja con la que dirige sus miras hacia abajo; es decir, hacia aquellos para quienes, si parecía vedado el recinto universitario, espíritus nobles procuran extenderse hasta su alcance. Escuela de estudios superiores el Ateneo científico, lo son también, pero de otros estudios más elementales, cual corresponde para provecho del mayor número, los llamados Ateneos obreros. De donde resulta que en un sentido o en otro son las enseñanzas de estas instituciones obra de Extensión Universitaria, ya cultivando los entendimientos, ya perfeccionando los más o menos cultivados.

Y notadlo bien ahora: el espíritu de crítica hállase tan infundido en la institución que nos ocupa, que también en su función docente se ejerce aquélla por el Ateneo, y si bien no en todos sus actos, sí en los de las conferencias, ya que las cátedras, donde tampoco

negará nadie que pueda ejercerse, no siempre tienen a la Crítica por finalidad de su labor, como pueda tenerla una conferencia.

En las enseñanzas de nuestro Ateneo no podemos aspirar a lo sumo, ¿quién lo duda? Habrá de limitarse necesariamente a más reducida esfera; y se comprende, porque si no, dadas las condiciones de localidad, no vendría a llenar ningún vacío ni podría prestar servicio alguno.

Aquí donde sólo la conjunción de elementos heterogéneos es prenda de la existencia de este Ateneo, como de otras corporaciones, no es fundadamente posible la convivencia de otros para que éste y aquéllos desempeñen, dentro de su círculo respectivo, las funciones de su competencia. Por eso habremos de optar, sobre todo en las cátedras, por un término con más tendencia a lo elemental que a lo superior, dejando para las conferencias solamente aquellas lucubraciones del pensamiento en que más se eleva el espíritu.

Pero entiéndase que al ejercer sus enseñanzas, bien sean de cátedra o de curso, bien de conferencia suelta, no lo hace el Ateneo para propagar una doctrina determinada que, al par que una afirmación, sea la negación de las demás, convirtiéndose en palanca de una u otra escuela científica. No, y mil veces no; porque, ya os lo he dicho, aquí se oye todo y todo se comenta, sometiéndolo al análisis del juicio, en cuyo crisol se van fundiendo una a una las ideas para salir luego depuradas, como sale el producto de la redoma del alquimista.

Así ejerce sus enseñanzas, sin someterse a doctrina alguna, a ninguna escuela,....

¿Su doctrina? Esa es la incógnita, es la que está

por hacer o, si queréis, por hallar. Es la que se va formando con el progreso y, como él, por tanteos, a compás del de la Ciencia, en oposición y constante lucha con los elementos que, decididos a perturbar todo avance, lo que hacen sin saberlo es obra de depuración de ese mismo avance que abominan. ¡Oh mágico poder del progreso! Los que, pretendiendo destruirte, te hacen la oposición más ruda, sólo consiguen ser elementos de tu perfeccionamiento y pilares de tu estabilidad....

Gran pilar de ese progreso es el Ateneo cuando, al practicar la enseñanza por medio de sus cátedras y de sus conferencias, educa a los hombres en la convivencia de las ideas y aun de los sentimientos e intereses más opuestos. Como la lira de Orfeo, que amansaba las fieras, ejerce esta Corporación un influjo sedante que, contrarrestando los reflejismos nerviosos de sus hombres más exaltados, los hace reaccionar antes bien intelectualmente o por cerebración, que como sensitivos medulares inconscientemente impresionables.

Como círculo de expansión y relaciones sociales, no mucho habrá que decir acerca del modo de funcionar el Ateneo. Sentemos de paso y desde ahora, en honra de la Corporación que hoy inauguramos, que, en orden a esparcimiento, tiene suprimido todo juego y es de hecho una sociedad antialcohólica por precepto reglamentario, acertadamente concordado con los dictados de la Higiene y de la Moral moderna.

Fuera de esto, y en obsequio a la brevedad que en este capítulo se nos impone con más imperio que en otros, en justo tributo a los aspectos más impor-

tantes del Ateneo, varios son los modos de ejercer sus funciones dentro del carácter con que ahora estudiamos la Institución. Desde la velada literaria y la musical del más refinado gusto artístico, propagando las obras mejores del arte lírico y el conocimiento de sus grandes maestros, así como el de los que lo son de la literatura contemporánea, hasta el estudio recogido en los gabinetes de lectura y biblioteca, sin olvidar la amena conversación con sus puntas y ribetes de crítica, pero no en el vulgar sentido de censura, sino como función intelectual, según hasta ahora la hemos venido considerando, todo esto y mucho más que no he de caer en la impertinencia de referiros, puede ejercerse y se ejerce de hecho en el Ateneo, rindiendo a la vez triple homenaje al estudio, a la belleza y a la amistad, produciéndose así aquel amor y entusiasmo de los ateneístas por la Corporación, según antes os manifestaba; amor y entusiasmo que no puede menos de influir e influye grandemente en la atracción con que actúa el Ateneo sobre sus adeptos, hasta el punto de hacerles olvidar o posponer la materialidad de personales intereses y ocupaciones, cuando los altos ideales de la Institución absorben al individuo, que, como en el estilo y mentalidad de su tiempo dice un delicioso escritor del siglo décimoséptimo (a) «es la conversación de las musas muy dulce y apacible, y se deja mal por asistir a lo pesado de las audiencias y a lo molesto de los consejos».

* * *

Una corporación que produce tales entusiasmos

(a) Saavedra Fajardo. *Empresas políticas*. Emp. IV. *Non solum armis*,

entre sus miembros, que tiene historiadores y hasta biógrafos, valga la frase, que no ha de ser exclusiva la biografía a los seres individuales, existiendo asimismo seres colectivos y teniendo, por tanto, también ellos su βίος, su vida, en una palabra, por la que existen y alientan y se nos dan a conocer; una corporación tal, digo, tiene ganado el derecho a la consideración y estudio de los hombres más conspicuos por lo que es y representa, y a que la conozcan y penetren en el sentido íntimo de sus actos todos aquellos que no la conocieren, si por acaso hubiera aún quien, medianamente ilustrado, en tal ignorancia se hallase, cosa que, en verdad, no puede sospecharse ocurra en tierra de España, donde tan gloriosamente ha nacido esta Institución que nos ocupa.

Así, pues, sepan los tales que el Ateneo es, según todo lo que hemos visto:

- Capítulo de los doctos;
- Manifestación de todas las escuelas;
- Templo de la controversia;
- Palenque de las más opuestas tendencias;
- Baluarte de las ideas;
- Egida del pensamiento;
- Heraldo del progreso;
- Corte de la tolerancia;
- Reinado de la razón, y, como encuadrándolo todo, Imperio de la cortesía y del buen gusto.

Mas esta letanía no constituye una definición concreta de lo que es el Ateneo, por mucho que abarque en la variedad de sus aspectos. Podríamos llegar, sin embargo, resumiéndola, a una definición que nos aclarase en pocas líneas el concepto de estos centros, y que, salvo vuestra mejor opinión y contando siempre

con vuestra benevolencia, yo enunciaría en pocas palabras:

El Ateneo es agrupación enciclopédica de hombres doctos que, practicando la más absoluta Tolerancia, van a la cultura por la Crítica.

Tal es el Ateneo y tal es el medio, la Tolerancia, con que él actúa enfrente del individual derecho de crítica para llegar a su finalidad abstracta: la Cultura.

Pero esta finalidad se objetiva en otras dos, más inmediatas y, como tales, más prácticas: la investigación de la Verdad y el culto a la Belleza. Debido a su concurso en el Ateneo, del fondo de la Institución surge un algo, una resultante, una como quinta esencia que todo lo impregna y aromatiza y que brevemente estudiaremos para ver de concluir este ya largo discurso, con el que no quisiera abusar de tan benévolo auditorio.

A mi modo de ver, esas finalidades prácticas del Ateneo forman como el sistema de ecuaciones que nos ha de resolver la especie de incógnita a que me refiero.

Vamos a despejarla.

La investigación de la Verdad ya habéis visto cómo se ejerce más especialmente por la Crítica, puesto que la observación y experiencia se hallan, digámoslo así, vinculadas en otras corporaciones que hemos designado como especialistas y no de orden enciclopédico, cual lo es la Institución que nos ocupa. Aquéllas aportan a la Ciencia los hechos incommovi-

bles, la parte fundamental de la Verdad; nosotros discutimos las teorías, la parte meramente formal de ella. He aquí por qué en el Ateneo las más opuestas tendencias constantemente se agitan, según vengo diciendo desde el comienzo, y el principio lógico de contradicción viene a contribuir con su correlativo de tolerancia para caracterizar nuestra colectividad.

Y ahora cabe preguntar: entre tantas tendencias, entre tantas doctrinas, entre tantas escuelas, ¿cuyo es el Ateneo?

Ya lo hemos significado repetidamente: es de todas porque no es de ninguna; de Jehová, de Alá, de Dios, de la Suprema y absoluta Verdad a que rinde ferviente culto y constantemente investiga.

La Tierra, realidad sobre la que vivimos los hombres de todas las razas, ¿es, por ventura, patrimonio exclusivo de alguna de ellas?

Lo mismo el Ateneo. Microcosmos del pensamiento, en él riñen ruda, pero pacífica batalla, todas las audacias del espíritu, y ni las triunfantes ni las vencidas ideas desertan su hogar, que es el Ateneo, al cual todos los mantenedores de ellas aman por igual, porque estiman la vida y saben que desertar el terreno en que ésta se desarrolla es ir a la muerte, bien así como las razas que, vencidas o vencedoras, no sueñan en abandonar esta Tierra, porque para ello habrían de suprimirse.

Por lo demás, y aunque toda verdad en un orden de ideas parezca deber tener su correlativa en todos los restantes, no busquéis lo absoluto: las ideas más opuestas pesarán distintamente en el ánimo de los que las examinan. Es que las balanzas de que nos valemos no están bien afinadas y falta la general de contraste o

está dormida. La luz de la razón, por otra parte, ilumina con diversa intensidad las ideas y las cosas, según el poder luminoso del foco que cada cual aplica. Así hemos de chocar constantemente con los más opuestos criterios y convivir con ellos.

La Tolerancia es, pues, una vez más, elemento de vida en el Ateneo, siempre en demanda de esa Verdad tan pronto hallada como fugitiva, y el mejor instrumento de que aquí disponemos para su investigación, como medio de mantener en contacto las más opuestas escuelas, de cuyo constante choque ha de ir brotando la luz, como del choque entre el eslabón y la piedra salta la chispa luminosa.

De la frente de Zeus, de Júpiter, surge Minerva victoriosa al golpe de mazo de Vulcano en la fábula mitológica relatada por Píndaro.

¡Y Minerva es Atenea! ¿Queréis más adecuado simbolismo?

Esta evocación clásica del país de la luz y del Arte nos llevaría como por la mano a hablar de la Belleza, si ya no ocupara ella un lugar en el asunto del tema propuesto.

La Belleza también se cultiva, y se cultiva en grande, en los Ateneos, por aquellas veladas así literarias como musicales de que antes os hablaba y por certámenes pictóricos y de otros órdenes artísticos, como ya habréis visto en distintos Ateneos doquiera os haya sido dado frecuentarlos.

Y no podía menos de ser así en corporaciones que ostentan en su título el adjetivo artístico. El Ateneo ha de continuar la tarea de quienes han estudiado y

cultivado la Belleza, que, a la verdad, no han sido escasos.

Desde Platón en sus *Diálogos*, hasta Kant y sus sucesores los grandes filósofos alemanes Fichte, Schelling y más especialmente Hegel, trataron con extensión de la Belleza, que también preocupó altamente, en el intermedio, al gran peripatético estagirita (a), a los estoicos de Zenón y a los mismos Padres de la Iglesia, en lo antiguo; a los filósofos escolásticos de la Edad media, y a los pensadores del Renacimiento, hasta que, ya casi en nuestros días, apareció Baumgarten, queriendo hacer de la Belleza ciencia independiente del resto de la filosofía. Llámola Estética, nombre adoptado por los filósofos posteriores y entre ellos los españoles Balmes y Menéndez Pelayo, concibiéndola como arte de bien pensar y dependiente, como sentimiento, de la moral. Notad esta conexión entre lo bello y lo bueno.

Y notadla bien, porque no dejaréis de hallar quienes con poca o mucha autoridad en la materia os digan que la *Belleza* es la bondad de la línea o del contorno, como si dijéramos de la forma, así como la *Bondad* es la belleza del sentimiento. Según ellos (b), «la etimología demuestra que las formas *beldad*, *belleza* y *bondad* son la misma palabra de origen»; y a mí se me ocurre añadir ahora, que sin etimologías ni cosa que lo valga, en nuestro mismo idioma, por virtud propia de su graciosa flexibilidad, se expresa tan bien esa conexión, que la palabra *beldad*, tan castiza y tan hermosa, es algo así como el apócope y aféresis reuni-

(a) Arist. *Poética*.

(b) Barcia. *Primer Dic. etim. de la leng. esp.* Art. *Bello*.

das de las otras dos palabras: *beldad* empieza como *bel-leza* y acaba como *bon-dad*.....

Sea como quiera, lo que al Ateneo incumbe, como otro de sus fines principales, es cultivar el Arte; es decir, la Belleza por las obras del más puro gusto artístico que le sea dable realizar. Dejad que algunos sueñen con ambientes perfumados por mágicas Evas de peregrina hermosura y esculturales morbideces, sonriendo pensativas muellemente recostadas... Como visión de un neurósico con tendencias al erotismo, no deja de ser subyugante y hasta atractiva; pero esa no es la belleza que se refleja en el sentimiento y levanta el espíritu. Será una belleza somática, la de los sentidos, un caso particular de la Belleza abstracta que nosotros ahora consideramos; pero nada más, que no es verdadera belleza la que sólo se admira cuando la carne conserva la fuerza que le permite ser débil.

Armonizad la idea con la forma, lo ideal con lo real y el espíritu con la expresión, de tal modo que, vislumbrándose lo infinito en lo finito, la emoción domine al concepto, y tendréis la verdadera Belleza. A esa es a la que el Ateneo ha de rendir culto.

Siendo la finalidad de los Ateneos la investigación de la Verdad y el cultivo de la Belleza tal cual las acabamos de considerar, nos encontramos con el agradable resultado de que, del consorcio en que naturalmente se encuentran en la Institución aquella investigación y aquel culto, nace necesariamente la Bondad, la Moral, la Etica, que son ingénitas en el estudio de aquellas dos grandes abstracciones, la Verdad

y la Belleza, objetos, respectivamente, de la Ciencia y del Arte.

El Arte y la Ciencia imitan a la Naturaleza: la una en los procedimientos, el otro en los resultados. Como éstos son buenos, porque los resultados de la Naturaleza encierran, entre otras bondades y bellezas, la alegría de la vida, y el Ateneo se dedica a la Ciencia y al Arte que, como queda dicho, por la Verdad y la Belleza, a la Naturaleza estudian y representan, el Ateneo es bueno en sí, es moral en alto grado. Realiza, además, la Institución, según ya hemos apuntado, obra de fraternidad y de concordia o de conciliación social por la variada extracción de los ateneístas a quienes no exige otra ejecutoria que su saber o buena voluntad. ¿Puede haber nada más humano ni mejor?

De modo que — ¡hermosa consecuencia! — el Ateneo nos ofrece como quinta esencia de las fuerzas que en él juegan una resultante ética: es moral *per se*. Sólo *per accidens* ha podido alguna vez claudicar y, faltando a sus deberes de magnánima imparcialidad, ser tachado de inmoral.

La inmoralidad es el despreciable fango originario con que la humanidad se rocía la cara y fabrica ídolos. Y éstos son necesariamente intolerantes, porque en ellos esta condición restrictiva es la de su existencia.

La inmoralidad del Ateneo consistiría en crear esos ídolos, claudicando de su gran principio de tolerancia. En cualquier sentido en que se exclusivice habrá caído, como Icaro, con las alas fundidas por el sol abrasador de la intransigencia.

No darán seguramente en ella nuestros consocios. Aquí todo ateneísta practica la hospitalidad de espíritu cual lo haría un Montaigne o un Diderot. Zahoríes

de la Crítica, magos de la Tolerancia, esclavos de los prestigios de la Institución, son, por ende, los verdaderos ateneístas, ante todas las ideas, cultivadores fervientes de aquellas delicadas atenciones con que se señorean las potencias primero y se rinde después el ánimo a los más hostiles y divergentes en sentimientos y apreciaciones, atrayéndolos así a los temperamentos de transigencia y de humana concordia que aquí embalsaman el ambiente y se respiran.

Tolerancia en el espíritu, moralidad en la conducta, tal es el lema para los adeptos que mejor encaja en el carácter estudiado de la Institución que inauguramos. Correlativamente a él, sobre civilizadora, conocidísima y simpática es la tarea de aquéllos (los ateneístas): saber que aun no es estable la Ciencia, porque en realidad se desconoce lo *verdadero*, y ocupados en la Crítica de cuanto se investiga para hallarlo, ser *buenos*, realizando la *Belleza*.



Hora es ya de acabar, y para vuestra tranquilidad os anuncio que termino. Sólo como resumen de todo lo expuesto diré aún dos palabras y nada más, próximo como está ya a agotarse el insondable pozo de vuestra paciencia.

El carácter de la institución de los Ateneos lo determinan, según hemos visto, el principio de tolerancia y la resultante ética de todas las fuerzas que aquí actúan, ligados, el primero con el dere-

cho al libre examen, inherente a la personalidad humana, y la segunda con el culto a la Verdad y a la Belleza, los cuales principio y resultante me propuse analizar en mi discurso y por vuestro mal he analizado esta noche. He aquí ahora, en síntesis, cómo se eslabonan esas ideas, derechos y principios, esos entes de razón, en fin, que son como las entelequias del espíritu del Ateneo, que constituyen sus fuerzas y que en mi deshilvanada labor tal vez no aparecen, por inevitables deficiencias de expresión, lo bien ligadas y trabadas que a mi espíritu se presentan:

Derecho al libre examen inmanente en el hombre;

Principio lógico de contradicción (Crítica) que en virtud de aquel derecho se practica individualmente en el Ateneo, mejor aún que en cualquiera otra parte;

Principio de tolerancia, que aquí actúa enfrente del individuo; es decir, que lo *actúan* todos y cada uno de los miembros de la Corporación como elementos integrales de ella;

Resultante ética, — que no es solamente moral sino también eminentemente progresiva, — de la adecuada y libre aplicación de dos actividades humanas del orden superior, cuales son la investigación de la Verdad y el culto a la Belleza, que, puestas en ejercicio gracias a aquellos principios y en la Cultura sublimadas, hemos visto como finalidades prácticas del Ateneo.

Sentado esto que en todo Ateneo se realiza, y se realizará, no lo dudéis, en el que hoy inauguramos, aun a despecho de quienes quisieran sobreponerse a todo ideal y a los intereses morales que sobre ellos exalta la Institución, sólo nos resta hacer votos para

que los principios del Ateneo, el de tolerancia sobre todo, aquí estudiados, se reviertan hacia fuera, donde tanta falta hacen, para realizar esa Etica de que hablábamos, y el malhadado *delito de opinión* que, ofuscando los entendimientos, tantas veces sirviera de pretexto para enrojecer con cruentas manchas las páginas de la Historia, quedará reducido a polvo que el vendabal arroje sobre la huesa de la Discordia, despejando el horizonte por do asoma esplendente la luz de la fraternidad y de la humana concordia.

He ahí lo moral; he ahí lo progresivo del Ateneo.

Ved si importa fomentarlo.

HE DICHO.

